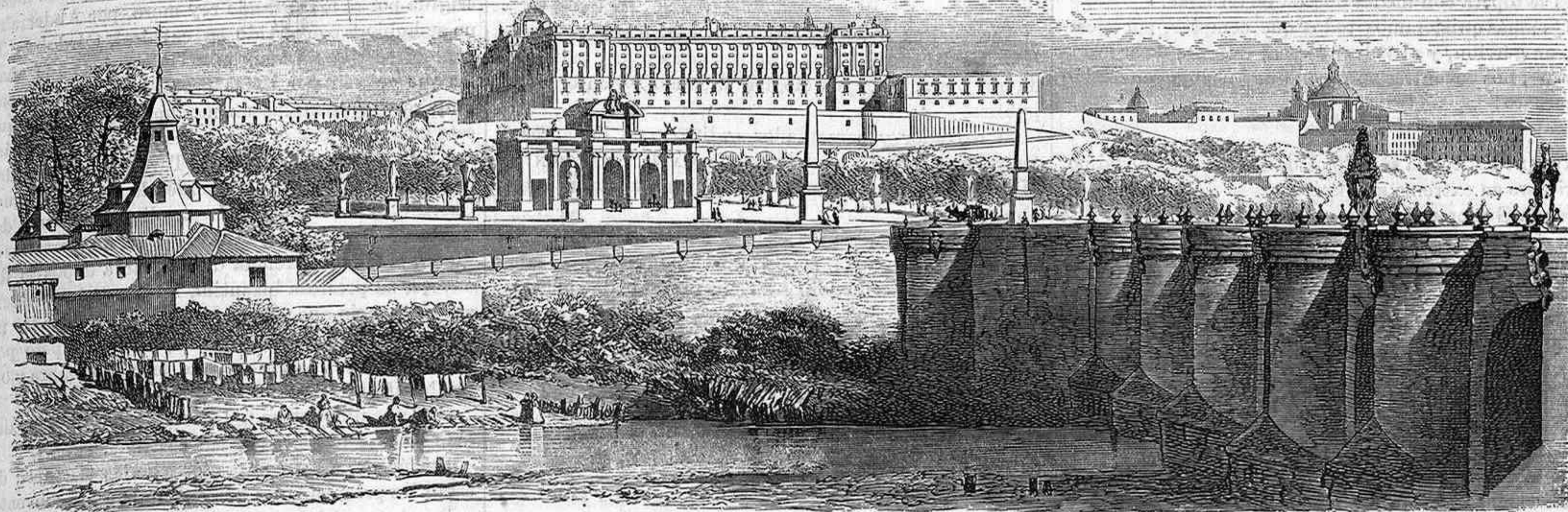


LA ILUSTRACION DE MADRID



REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO II.

MADRID 15 DE MARZO DE 1871.

NÚM. 29.

SUMARIO.

TEXTO.—Ecos, por X. Y. Z.—La villa de Turégano, por D. Ricardo Villanueva.—Primeros pobladores de España, por D. Carlos Lavatde.—Arqueología cristiana, por D. José Amador de los Ríos. La Serrana de la Vera (continuación), por D. Vicente Barrantes.—El Ateneo por dentro, por Ahriman.—El barco fantasma, novela original (conclusión), por D. Antonio de San Martín.—Lisboa en 1870, por Rosi.—Las flores silvestres (poesía), por D. Antonio Arnao.—Don Jesús de Monasterio.—Teatros, por D. A. Sanchez Perez.—Códice americano del Sr. Miró.—Decoración del primer acto del drama «Pizarro ó la conquista del Perú» ejecutado en el teatro de la Alhambra el 25 de febrero de 1871.—Silencio (poesía), por D. Julio Monreal.

GRABADOS.—Don Jesús de Monasterio, dibujo de D. A. Perea, tomado de una fotografía del Sr. Juliá.—Lisboa en 1870. Interior del palacio de Monserrat (Mister Cook), en Cintra, dibujo de D. F. Pradilla.—Elecciones. Colegio electoral de la Universidad en Valencia, dibujo de D. Manuel Felin.—Ateneo. Salon llamado de los viejos, dibujo de don J. L. Pellicer.—Castillo de Turégano en la provincia de Segovia, tomado desde el S. E., dibujo del Sr. Domec.—La calle de la Caza en Madrid, dibujo de D. F. Pradilla.—Códice americano del Sr. Miró, dibujo de don J. L. Pellicer.—Decoración del primer acto del drama «Pizarro ó la conquista del Perú», dibujo de D. F. Pradilla.

ECOS.

Al fin, aunque entrecortadas por los discursos de presentación de varios embajadores y las correspondientes respuestas de otros tantos soberanos, el eco trajo á mis oídos las bases para la Exposición artística é industrial que en marzo próximo se propone celebrar la sociedad El Fomento de las Artes.

Espero que siendo dentro de nuestra propia casa, no perderemos la ocasión de aprovecharla, como nos ha sucedido con la de Londres.

Minería y metalúrgica; productos fabriles y de artes mecánicas, desde lo más basto á lo más fino, en democrático consorcio pueden mostrarse al estudio de los teóricos y de los especuladores, á fin de que veamos todos hasta dónde hemos llegado desde que abandonamos los estudios teológicos, y calculemos los esfuerzos que por hacer nos quedan para alcanzar el grado de perfección posible.

La Junta del Fomento ha dado impresas las bases y condiciones de la Exposición, facilitando noticias y allanando el camino á los interesados inmediatamente en sacar partido de su excelente idea. ¡Ojalá sea bien secundada por todos.

**

También llegaron á mí los deliciosos ecos de Rossini, mortal capaz de expresar con la más apasionada vehemencia todo lo que no le importaba nada. Imposible pa-

rece que tan enterado estuviese de los sentimientos ajenos el que nunca dió muestras de tener ninguno.

También Rossini era un eco.

Por lo demás, fuera del templo, lo confieso: no comprendo la misa. Para mí en la grande obra del maestro no hay más que pormenores musicales; no hay misa.

El público aplaude, y con razón, el génio del artista, el talento de los cantantes, la habilidad de la orquesta; no se lo censuro.

Yo salgo de aquella misa con la idea de que he visto representar la comedia titulada *Función de boda sin boda*.

**

No puedo sacar nada en limpio de lo que el eco repite sobre elecciones; oigo lejanas voces que parecen de triunfo; otras que semejan desesperados ayes; augurios de próximas cesantías; disparos de armas de fuego; rumor de cerrojos... es menester taparse los oídos: sería viva lástima ensordecer á consecuencia de una algarabía que va tocando á su término.

Cuando se haya hecho el examen de las cuentas y sucesos electorales podremos apreciar su resultado, en vista de los números que, claros y bien ordenados, publicarán los periódicos de lucha política.

Entretanto, algodónémonos los oídos.

**

Noches pasadas ví á Valero en *Ricardo Darlington*.

El ambicioso quiere caudal, poder, dominio...

Para alcanzarlo va á combatir rudamente al gobierno.

A punto de dar ya un gran golpe, le compran el silencio.

Cuando en la Cámara, momentos después, le toca el turno de hablar, se le oye decir desde el fondo:

—Renuncio la palabra.

Murmura el público y cae el telón.

¿No es verdad que los espectadores en seguida se representan en su imaginación centenares de semblantes conocidos?...

Pero ¡si esto no me lo ha dicho el eco! Sin embargo, puede que yo mismo haya sido ahora el eco del público.

**



DON JESÚS DE MONASTERIO.

Si he sabido serlo, y mereció algo por ello, sólo pido al lector que cuando pase por la calle de la Caza, se acuerde del grabado por medio del cual la representamos en este número.

Si el lector es forastero y no ve caza en dicha calle, no le extrañe ni nos tache de poco exactos; que bien puede sucederle alguna vez no encontrar el menor residuo venatorio en aquel trecho, lo cual no redundaría en daño suyo si tiene buen diente: al contrario, antes se alegraría de ello, cuando en lugar de un par de codornices se topara con media docena de terneras.

¡Qué más quisiéramos todos que comprar, por ejemplo, un gorrion, y al volver á casa, después de buscarlo en vano, nos encontrásemos con que se había convertido en carnero!

Aunque bajito, ha sonado estos días un eco dulcísimo, de timbre en extremo simpático.

García Gutiérrez ha leído un drama que se titula *Noticia obliga*.

Bien podría ser esta la divisa del autor, acerca de cuyos pergaminos no tenemos noticia alguna; pero de quien es bien notorio que ha sabido ilustrar su nombre al par de los más excelentes.

Sé los millones que tendremos que gastar este año.

Es una cantidad bellísima para cobrada; monstruo de espantosa fealdad para pagada.

No la digo.

Así como así, el saberlo Vds. de antemano, tampoco se les ahorrraría un céntimo.

Cierto que después de lo que he dicho, ya estaría el lector ansioso por saberla...

Si lo hubiese adivinado antes, no hablara de ello. Olvidémosla, creámos Vds., olvidémosla.

Aunque por mí... si tal es el empeño por conocerla...

No es que me guste hacerme de rogar: al revés; yo callaba por no anticipar un disgusto; pero ya que el deseo de saber puede tanto, sepánlo Vds.: gastaremos 2.400.000.000.

Después de pronunciar semejante cifra se adquiere cierta fé en lo infinito.

¿No es verdad?

No haré á nadie la ofensa de preguntarle si ha visto violetas.

¡Ahí tienen ustedes! Cuando en la pradera veo mear una comitiva de rudos trabajadores que saturan la atmósfera de pestilentes olores de grasa y vino, y profanan el verde césped con ruidos huesos de chuleta y otros prosáicos restos, yo me escandalizo pensando que allí, aplastada por aquellas groseras zancas, malogra su delicado aroma la violeta.

Y al cabo de un rato digo entre mí con enojo: ¡pero no faltaría más sino que por consideración á las flores no pudiera comer en el campo el pobre trabajador después de seis días de fatiga!

Soy así.

La Cuaresma sigue impertérrita el curso que le marcó el destino.

Los comedores de ostras y los ictiófagos en general, acuden devotamente á Fornos á demostrar que, durante esta temporada, permanecen más que nunca sumisos á los preceptos de la Iglesia.

Nadie da con más buena voluntad ejemplos dignos de ser imitados.

Me acuerdo á este propósito de una niña que preguntaba á su madre si eran obligatorios los Sacramentos.

—Sin duda, dijo la madre, distraída ó poco enterada.

—Pues bien, mamá, replicó la muchacha; yo he recibido el bautismo, la confirmación; va creciendo la epidemia, puedo morir... ¿para cuándo dejamos el sacramento del matrimonio?

He conocido personas empadronadas con nombre masculino, que escribían artículos de modas.

No sé por qué siempre se me figuró que esto sería causa de alguna tremenda venganza.

No me engañaban mis presentimientos.

Una señora acaba de abrir en el Ateneo una clase de geografía para sus consexuales.

Después de reflexionarlo bien, de todo lo que andan enseñando las señoras, lo más decoroso es la geografía.

Fernandez y Gonzalez escribe *París subterráneo*. Figúrense Vds. cuántos fósforos tendría que gastar Fernandez y Gonzalez para ver esos subterráneos.

Es un gran título, porque sin temor de ser desmentido, puede el autor referir todo cuanto se le ocurra, como sucedido real y positivamente en aquellos sitios. Donde le estorbe una pared de tres varas de grueso la suprimirá; donde le convenga un ángulo saliente, habrá ángulo; si le hace falta una abertura sin fondo en el suelo, la tendrá.

Puede ser la mejor novela de tan fecundo escritor. ¡Los subterráneos de París! Es como si hubiese dicho: ¡La mar!

A propósito: Arderius está poniendo en escena *El tulipán de los mares*. Barcelona ha gozado las primicias de esa obra, de cuyos elogios supongo ya enterado al público.

El narrador y comentador ordinario de los sucesos teatrales, referirá á los lectores de LA ILUSTRACION DE MADRID el cómo, el cuándo y el por qué de la nueva obra.

Yo únicamente me arriesgo á decir: lleno completo, revendedores en auge, concertante aplaudido, ¡que salga el autor! y Arderius ¡oh, Arderius radiante de monedas!

Dos cartas que han mediado entre los emperadores de Rusia y Alemania han venido á dar testimonio de que aún hay finas amistades en el mundo, demostrando cómo florecen los más tiernos afectos en los tronos imperiales.

Las mútuas simpatías de los dos soberanos han trascendido á sus respectivos súbditos: ya no hay áspero cosaco que se atreva á desdeñar el cariño de la dama berlinesa, ni hay gastador prusiano que no se sienta capaz de enlazarse con la aristocrática moscovita.

El Pilades rhiniano y el Orestes vistulense han milagreado.

Esas dos cartas me hacen esperar que al fin renazca una de aquellas paces tan raras como gloriosas.

Hasta ahora Europa tenia sus destinos puestos á una carta. Desde hoy los tiene puestos á dos.

El tercer Bonaparte irá á Inglaterra.

Término fatal de las grandes peregrinaciones bonapartistas.

No me atrevo á imaginar todos los horrores que pueden perseguir, rodear, acosar de día y de noche al que después de escalar un trono, vive arrojado de él.

Haber sido emperador y sobrevivir al destronamiento, es saber algo de la muerte. ¡Inútil, ó más bien funesta experiencia!

Por cierto que al leer en los periódicos los anuncios que dicen: La Juventud Comercial, celebra baile; El Ramillete, celebra baile, etc., se me ocurre que un hombre caído del trono debe suspirar exclamando: ¡dichosos esos que bailan!

Pero si le diéreis á elegir entre bailar ó reinar, agarraría el cetro y acto continuo con tono imperativo os diría: ¡baila tú!

Afortunadamente, sin necesidad de ninguna real orden, Madrid baila, no sólo en los sitios expresados, sino en Capellanes y en el que fué Buen Retiro, y en la Pradera y en la Virgen del Puerto.

Capellanes se excede á sí mismo, pues el domingo se atrevió á dar hasta dos bailes, y el Ramillete excede á Capellanes, porque el domingo mismo llegó á dar tres.

Y diría yo ahora: basta de excesos; pero, ¿cómo decirlo ante un público tan dominguero?

Porque además de dichos bailes, hubo el domingo último la friolera de veinte piezas de teatro, y no de un acto ó dos, sino tales como *El Molinero de Subiza*, *El Tulipán de los mares*, *Ricardo Darlington*, *La conquista del Perú* y *La pasión de Jesús*.

Con esto, y novillos y mogigangas y toros de punta y fuegos artificiales y conciertos y riñas de gallos, á ver cómo me hacen creer á mí que el domingo es día de descanso.

A bien que yo comprendo que descansara el que en seis días hizo el mundo; pero el que hace lo que un español ¿de qué ha de descansar?

X. Y. Z.

LA VILLA DE TURÉGANO. (SEGOVIA.)

El castillo de Turégano, que se reproduce en este número, es uno de los monumentos de la Edad Media mejor conservados que se encuentran en Castilla, aunque lo está bien poco desgraciadamente.

Si el castillo levantado por el más preclaro conde de Castilla, por Fernán González, no se hubiera convertido andando el tiempo, en iglesia parroquial; si la mezquita erigida por el más grande rey moro, por Abderrahmán no se hubiera convertido en catedral, Córdoba y Turégano ofrecerían un montón más de ruinas que añadir á las que se ven por todas partes, porque en España es muy raro contemplar un monumento antiguo que no esté amparado por el manto real ó la capa eclesiástica.

Y por esto los vecinos de Turégano, suprimida con los nuevos arreglos parroquiales la de San Miguel de Castillo; y temiendo que se aplicara al firme de una carretera la hermosa cantería de esta fortaleza, tuvieron la feliz ocurrencia de dedicar á depósito de cedáveres su preciosa bizantina iglesia, y á cementerio el ancho espacio que cercan sus fuertes y elevadas murallas. Sólo rodeándole de un piadoso respeto podría conservar el monumento á que debe su nombre y origen tan bonita villa.

Ó si no, pregúntese á la aristocracia qué ha sido de las riquezas artísticas de sus castillos.

Pregúntese á los compradores de las Cartujas, dónde están las preciosidades que encerraban los conventos.

Pregúntese á las municipalidades si conservan y cuidan las antigüedades que se hallan en sus alfofos.

Pregúntese, por último, al Estado las cantidades que asigna á la restauracion y conservacion de tantísimo monumento como existe en España, ó para la monda de tantas ruinas como hay desde Fuenterrabía á Cádiz.

Sólo la corona y la iglesia han sido artistas en este país que todo convida á las artes.

Que los pueblos traten de cuidar y respetar sus antigüedades; que arranquen, como ha hecho Sevilla en Itálica, el jaramago que crece sueltamente sobre tanta inscripcion, tanto sepulcro, tanta columna y mosaico; que tanto, y en vez de lágrimas harán brotar sentimientos entusiastas que pregonen la grandeza que en todas épocas ha distinguido á nuestra querida patria.

Apesar de que los labradores se encuentran de cuando en cuando algunos objetos antiguos hacia el Pinar y la Vega, y apesar del resultado de las escavaciones hechas á mi costa en el Prado Burgo, solamente he podido averiguar que el conde Fernán González reconquistó este país é hizo las tres torres de la derecha que ofrecen la vista de los antiguos castillos que se dibujaban en el escudo real, y que, cedida la fortaleza por don Urraca á los obispos de Segovia, la mejoraron, y establecieron á magnífica iglesia la pequeña capilla que al principio tuviera, entre los que se distinguió el célebre D. Juan Arias Dávila, de la familia de los condes de Fuenterrabía. Casi constantemente residian allí los obispos, como se prueba por los muchísimos sínodos de la villa celebrados.

En la pet. I de las Cortes de Palenzuela del año 1412 y en las Cortes de Madrid de 1442, se mandó y ratificó que la Audiencia y Cancillería, los seis meses que correspondian á la Castilla de allende los puertos, residiera en la villa de Turégano; y como entonces se mudaba el asiento de la corte para aliviar á los pueblos de las cargas que se les seguían dando posadas á los oficiales reales, se toma una idea de la importancia que había cobrado la poblacion que se levantó al abrigo de la torre del conde de Castilla, cuando en ella residió por tanto tiempo la chancillería.

Esta es la causa de estar fechadas en Turégano, donde residia D. Juan II, las notables contestaciones que tuvo con el Pontífice Romano en el conflicto habido sobre atribuciones de ambas potestades.

Tal era la confianza que este castillo ofrecía á Isabel la Católica, que cuando Fernando I se veía acosado por los portugueses y parciales de la Beltranchea, le recomendaba guarecerse en la fortaleza de Turégano, por ser el lugar más apropiado á ese fin hasta recibir refuerzos; y á Felipe II le debió merecer grande seguridad cuando le hizo prision de su célebre ministro Antonio Pérez.

Un mercado semanal y una feria anual, acaso la mejor de Castilla, satisfacen las necesidades del consumo de la villa de Turégano; la desamortizacion permitida á sus vecinos ser los dueños del terreno que labran comprado con los productos de su laboriosidad y economía, y hoy es uno de los mejores pueblos de la provincia, y muy pronto será el primero.

RICARDO VILLANUEVA.

PRIMEROS POBLADORES DE ESPAÑA *.

¿Quiénes fueron los primeros pobladores de España? ¿De dónde vinieron? ¿Qué costumbres tenían? ¿Qué grado de civilización alcanzaron? Preguntas son estas á las cuales los más prudentes historiadores han creído satisfacer, diciendo que nada de ello se sabe, y despreciando al mismo tiempo las tradiciones más ó menos admisibles y que acerca del particular encontraron en los antiguos historiadores. Reprensible sistema, por cierto, el de despreciar lo que con certeza no se sabe, ó lo que no se puede probar hasta la evidencia; aunque disculpable hasta cierto punto, cuando en confirmación de los hechos no se encuentran más datos que el dicho de los historiadores, no siempre bastante imparciales é ilustrados para que sobre su palabra se les crea. Pero el oficio de la crítica no es despreciar sino discutir en presencia de datos. Y una vez que estos faltan, ó buscarlos ó acudir al raciocinio. Mas nada de esto han hecho nuestros historiadores, pues ó han admitido sin distinción cuanto han hallado escrito, ó sin distinción han negado todo lo que se remonta más arriba de los cartagineses.

Cuando los estudios críticos empezaron á desarrollarse en Europa, todas las ciencias, así filosóficas y teológicas como históricas, se pusieron en tela de juicio, echando por tierra todo lo existente para volverlo á reconstruir. Y como entonces la crítica era un arma de partido cuanto no era del agrado de los críticos, quedó por falso é insostenible. Esto mismo ha sucedido después, y sucederá siempre que la crítica no sea altamente imparcial é ilustrada. Sobre todo en los asuntos históricos de los pueblos primitivos, de los cuales no tenemos más noticias que las comunicadas por algunos historiadores.

Suele acontecer en ocasiones que un descubrimiento inesperado viene á confirmar lo que encontramos consignado en ellos, y de lo que no se cuidaron de dar más seguridades que su palabra, por ser de todos conocidos los hechos sobre que escribían. Esto es precisamente lo que ha de suceder en un día más ó menos remoto con muchos puntos de nuestra historia, especialmente con la de los tiempos primitivos, hoy desconocida ó negada.

Los descubrimientos hechos por el Sr. Inchaurrendieta en el cerro de la Bastida fueron un gran paso para la historia: si bien es cierto que hechos de esa naturaleza ó quedan aislados y caen en el olvido, ó lo que es peor, se les mira con una glacial indiferencia capaz de aterrar al hombre de más tesón en trabajar por la ciencia.

El cerro de los Santos, en el reino de Murcia, como aquel, y en el término de Montealegre, es otro paso cuyas consecuencias no me atrevo á apreciar, aunque en mi sentir han de ser muy importantes.

El cerro de los Santos se encuentra en medio de una cañada que corre de E. á O. Su mayor elevación será de unas doce ó quince varas por la parte Sud, por la cual está cortado casi á tajo, y baja con una inclinación de 25° próximamente hácia el Norte, hasta perderse en la cañada. El lado derecho que mira al E. baja sin accidente alguno, al paso que el del O. tiene dos vallecitos que se desprenden desde la mitad del cerro.

Este cerro se llama de los Santos por la multitud de pedazos de estatuas de todos tamaños que en él se descubren. Hállanse además muchas piedras labradas, pero en tanta abundancia, que cuando los labradores han tenido que hacer alguna obra han acudido siempre por piedra á dicho cerro. Y aunque esto data de tiempo inmemorial, ha sido, sin embargo, una de esas noticias que giran dentro de cierta esfera, hasta que una circunstancia viene á publicarlas.

Pero ¿á qué pueblo pertenecen esas estatuas? ¿Qué civilización las construyó? ¿Con qué motivo vinieron aquí? Esto es lo que yo quisiera explicar cumplidamente, pero no me siento con fuerzas para ello; ni los datos que he podido reunir son bastante para no correr riesgo de incurrir en lamentables equivocaciones.

No será demas, ante todo, decir algunas de las cosas que se han podido extraer, para que en vista de ellas pueda formarse un juicio aproximado, ya que no sea exacto.

En primer lugar, en el cerro de los Santos se descubren recintos cuadrados, uno de cinco ó seis metros cuadrados, y otros que no he podido ya ver, porque los labradores los habían destruido, de un metro cuadrado. Están formados por sillares perfectamente labrados, de un metro de longitud, treinta centímetros de latitud y teinte de grueso. Los sillares están colocados los unos

sobre los otros, sin trabazón de ninguna especie. El suelo sobre que descansan las paredes es de tierra caliza, yeso y arcilla apisonados. La altura de las paredes es de cuatro sillares, y los de la línea superior tienen una cornisita casi por completo destruida. De modo que, en los que he visto fuera, no he podido apreciar la clase de molduras que la formaban. Dentro de estos recintos, muchísimos pedazos de piedras labradas, y bastantes pedazos de tazas y otros vasos de hermosas formas y de varias especies de barro. Los hay negruzcos, otros del color del barro cocido, y algunos cubiertos de barniz azulado muy consistente y también pintados de encarnado y amarillo, conservándose bien los colores. Hasta ahora no he visto en ninguno, ni signos, ni letras.

A un lado del recinto principal se ha hecho una de las escavaciones, y de ella se han sacado los siguientes objetos: dos pedazos de asta de toro calcinados, muchos cuernecitos de cabrito, unos calcinados, otros no; un cuernecito, como de cabrito, de barro cocido; dos mandíbulas, como de cabra ó de perro; muchos pedazos de hueso que parecen de la misma procedencia; muchos fragmentos de vasos de barro; puntas de pica, como los chuzos que se usan aún en algunos puntos de España, y que consisten en un cono de hierro, hueco por dentro, para introducir en el asta hierros de lanza de varios tamaños, pero de la misma figura; fragmentos de un hacha de forma triangular y de un centímetro próximamente de grueso; otros pedazos de hierro que no puedo determinar lo que son, y que están formados como haces ó manojos de clavos; los más largos son de un decímetro, aunque es verdad que no creo haya salido alguno entero; una laminita de cobre de un centímetro de longitud y medio de latitud; una visagra de cobre formada por una lámina doblada y sujeta por tres clavitos de alambre; falta el eje sobre que giraba, y que probablemente era de alambre grueso.

Entre el recinto y la cañada se ha practicado otra escavación, y de ella han salido una multitud de trozos de estatuas, pero ninguna entera. Abundan principalmente las cabezas y las extremidades. Piés no se encuentra ninguno, por llevar todas las estatuas traje talar. Parece ser que están destruidas de intento y que las dividieron en tres partes: la cabeza, de las rodillas abajo, y lo demas del cuerpo; pero de esta última parte no se encuentra ninguna entera, y si dividida en muchos pedazos pequeños. La ejecución en algunas es admirable; tienen, sobre todo, en las cabezas y adornos un trabajo sumamente prolijo y delicado. Cabezas descubiertas por completo, sólo se han encontrado dos ó tres; una con el cabello rizado, y otra ensortijado; esta parece cabeza de un negro africano.

Las caras son pequeñas y abultadas; los ojos grandes y abultados; los párpados bastante gruesos, la nariz, pequeña y fina, mirándola de perfil forma con la frente un arco de 90° próximamente, porque el entrecejo es más bien saliente. Los labios finos, las bocas pequeñas y cerradas, la barba pequeña, redonda y algo saliente. Ninguna se ha encontrado con pelo de barba. Las orejas muy grandes, muy mal hechas y colocadas en la línea de los ojos ó aún algo más; casi todas llevan aretes.

Las manos es, después de las orejas, lo que está peor trabajado. Los dedos son todos iguales, muy largos y sin articulación. Suelen llevar un anillo, y algunas uno en cada dedo de la mano izquierda.

Los piés todos calzados; los de una figura terminan en punta prolongada; los de las restantes en punta cuadrada. Una figura tiene una especie de botín muy abultado sobre el mismo calzado; éste no se puede distinguir qué es.

Por los pedazos de estatuas que se han podido reunir, pueden reducirse estas á tres clases, según su traje y postura. La primera, y en mi juicio la más interesante, por su ejecución y admirable trabajo, por la variedad y multitud de adornos, y por lo que tal vez representa, no indica ninguna variedad de especies. A esta clase corresponde la figura entera que se ha sacado en perfecto estado de conservación, por lo que describiendo ésta quedarán descritas todas las demas. Está colocada sobre un pedestal liso y cuadrado que será la sexta parte de toda la figura. Su vestidura interior es una túnica que baja hasta los piés y termina en un fleco de cordones perfectamente hechos. Sobre esta túnica tiene un manto que debe ser semi-circular, pero de un radio mucho mayor que la altura de la estatuas. Las manos de la figura están delante del pecho sosteniendo un jarrito, y el manto echado sobre la espalda, formando muchos pliegues horizontales. En cada uno de los extremos tiene una gran borla, y estos extremos, en vez de caer al suelo, suben por la parte exterior de los brazos á caer entre estos y el pecho, formando pliegues simétricos. En la cabeza tiene una tocas que la caen muy plegadas al

hombro. Por uno y otro lado caen unos flecos que parten de una especie de escarapela redonda que tiene á uno y á otro lado de la cabeza. Por último, completan el adorno tres magníficos collares que le caen sobre el pecho, y una especie de cinturón que se la vé detrás del jarrito que sostiene en las manos.

La segunda figura es más sencilla, sin que por eso deje de ser muy interesante por el aspecto que presenta. De los trozos que se han podido reunir aparece que estas figuras están completamente cubiertas. No se vé de su cuerpo otra cosa que la cara, los dedos de la mano derecha y las extremidades del calzado. Llevan en la cabeza un birrete, que es una tercera parte ó más de la altura de la estatuas. Este birrete es una pirámide cuadrangular en unas, en otras es un trozo de pirámide de la misma forma, pero fijo á la cabeza por la base menor; mas en la mayor parte es una tiara persa ó india, casi de la misma forma que las usadas por los Sumos Pontífices. El manto aparece como si les cubriera el birrete, aun cuando en él no forma pliegues, pero los que forma son innumerables. Les deja apenas descubierta la cara y una parte del pecho. En éste no se descubre ningún adorno. A esta clase de figuras pertenece la que lleva las letras. El brazo izquierdo está completamente cubierto por el manto. El derecho también, pero su mano recoge en la cintura las extremidades del manto formando innumerables pliegues.

La tercera es la más numerosa. No ha sido posible hasta ahora reunir una estatuas de los infinitos trozos que se encuentran. Pero por lo que se puede colegir de los que se han encontrado, estas estatuas eran de menos importancia, pero tienen más gracia y esbeltez que las demas. La cabeza la tienen cubierta con un casquete que les ajusta perfectamente. Este casquete les ocupa desde la mitad superior de la cabeza hácia atrás todo lo que ocupa el cabello. Desde la mitad superior de la cabeza hácia adelante tienen dos zonas ó franjas iguales de flecos que llegan hasta la frente. El fleco en unas es de cordones sueltos, en otras se unen de cuatro en cuatro, formando dos ángulos, uno dentro de otro; las dos inmediatas forman el ángulo interior, y las dos próximas á estas el exterior; una tiene un gorrito como los que hacen en algunas cárceles y que suelen usar los tahoneros en muchas poblaciones de Castilla. Solas dos no tienen cubierta alguna. No puedo decir si pertenecen, ó no, á esta tercera clase de estatuas. El vestido es una túnica sin pliegues, bastante ajustada el cuerpo, aunque éste no presenta sus formas. En el hombro izquierdo tiene una hevilla en forma de martillo que sujeta una banda ó manto pequeño, el cual cae ensanchándose por el pecho y por la espalda, sin duda á parar debajo del brazo derecho. Los brazos de esta figura están completamente desnudos. Presentan formas mórvidas, pero ninguna musculatura. En el brazo tienen un brazaletes, y en la muñeca una pulsera arrollada en espiral de una sola vuelta. En la mano derecha llevan una copa, por lo que se puede colegir, pero cuya parte inferior termina en punta; una mano derecha se ha encontrado que tiene un tamborcito sujeto entre los dedos por la parte inferior.

Pero ¿de qué época son estos importantes restos? Difícil es determinarlo. Así como el pueblo acostumbra al ver estas cosas atribuírselas á los moros, del mismo modo las personas ilustradas han atribuido á los romanos todas cuantas antigüedades se han descubierto entre nosotros. Por esta razón apenas se ha estudiado cosa alguna sobre los restos de civilización primitiva, que tan abundantes son entre nosotros: y esta falta de estudio hace más dificultoso el explicar los que se encuentran.

No obstante, podemos desde luego asegurar que los monumentos descubiertos en el cerro de los Santos son muy anteriores á la venida de los romanos á nuestra Península. Aún más: creo que cuando los romanos pisaron nuestro país, no existía el pueblo que los había construido.

Es cierto que los labradores se han encontrado algunas, que por las señas que dan de ellas son indudablemente romanas; y ahora se ha descubierto una, que es romana, y probablemente de Cartagena, porque por un lado tiene una cabeza de guerrero con casco griego ó cartaginés, y por otra una figura desnuda sobre un pilar, y estas cuatro letras: C. V. I. N. (*Colonia Victrix Julia Nova*), dos á un lado y dos á otro del pilar. Pero esta moneda, como todas las demas que se han encontrado, están en la superficie, y pueden provenir de alguna población antigua de las inmediaciones.

También una de las estatuas, sólo una, tenía unas letras grabadas sobre el pecho, que por lo que he podido colegir eran estas: E L Y C N E. De estas letras sólo la C y la N se distinguen bien, las demas no es fácil

* La abundancia de original no nos ha permitido publicar hasta hoy este artículo que teníamos en nuestro poder hace algún tiempo.



LISBOA EN 1870.—INTERIOR DEL PALACIO DE MONSERRAT (MISTER COOK), EN CINTRA.

determinarlas. Mas yo opino que en el caso de ser las letras de la época misma que la estatua, más bien que letras son signos. Y caso de que sean letras son posteriores á la época de la construcción de estos monumentos, en cuyo caso me parece que se pueden hacer dos suposiciones. La primera, que esta escritura era la de estos pueblos, y que pudo muy bien venir á España por el mismo conducto que fué á Italia muchos años ántes que Roma existiera. La segunda es que si esta escritura es romana, la puso en la estatua, abandonada ya, una mano extraña, y por consiguiente nada tienen que ver las letras con la escultura, porque si fueran coetáneas se encontrarían algunas inscripciones, y hasta el presente no ha parecido ninguna.

Ademas, el traje de las esculturas no es romano, los tipos tampoco lo son; y lo más principal que no se encuentra una sola inscripción en todos los alrededores.

Sabido es que los romanos, ambiciosos en extremo y amantes excesivamente de gloria, donde quiera que ponían el pié levantaban firmes construcciones, capaces de desafiar al tiempo, y sembraban de inscripciones el terreno que pisaban. Pues bien, en el cerro de los Santos nada de esto se encuentra: ni una pilastra, ni una lápida, ni una columna, ni una letra, ni una pared consistente. Dicen los labradores que hace bastante tiempo sacaron una columna de tres varas de longitud y casi una de grueso, pero era salomónica, género que jamas usaron los romanos. En una palabra, basta echar los ojos sobre cualquiera de los objetos exhumados para convencerse plenamente de que *no es romano*.

¿Será griego por ventura? Tampoco. Es cierto que los griegos colonizaron, segun se dice, las costas del Mediterráneo; pero lo más que pudieron hacer fué fundar alguna que otra ciudad, y no pueblos enteros; y que las

colonias de entónces serian con pequeña diferencia como las de ahora, establecimientos comerciales.

Ademas, los griegos, por sus costumbres libres y aun tanto libertinas, conocian bastante bien el cuerpo humano, como lo revelan las obras que nos han dejado. Y en las estatuas del cerro de los Santos, al paso que presentan una admirable ejecución en los adornos, muestran una completa ignorancia del cuerpo humano. Los griegos usaban barba, y ninguna de estas estatuas tiene. Los griegos y lo mismo los romanos solian descubrir la cabeza descubierta, y de estas son rarísimas las que tienen de esa manera.

Si estos restos fueran de origen griego se encontrarían, ó estatuas, ó relieves alusivos á la religion, y nada se ha descubierto que tenga relacion con la religion griega ni romana.

Es, pues, evidente que ni á griegos ni á romanos

deben estos notabilísimos restos de civilización primitiva.

Fáltanos averiguar si esto se debe á cartagineses ó á fenicios.

(Se concluirá).

CÁRLOS LAXALDE.

y letras bajo el nombre de *Renacimiento*, atrajo, como natural consecuencia de los estudios, toda la atención de los doctos la historia de la antigüedad clásica.

Destruídas por el hierro y la tea de los bárbaros las maravillosas fábricas arquitectónicas, orgullo y gloria de Grecia y Roma; despedazadas las magníficas estatuas y portentosos relieves en que habían pretendido inmortalizar sus dioses y sus héroes; esparcidos por todo el

llados al par, los más levantados ingenios del siglo XVI llegaron á olvidar la civilización de los tiempos medios, no sin calificar en masa las producciones de sus artes y sus letras con el injusto y duro título de *bárbaras*.

Grandes fueron los daños que esta sistemática y ciega condenación produjo á la verdadera ciencia histórica. Mas como no es dado á los esfuerzos de todos los sábios de la tierra hacer incontrastable y perpétuo el imperio de



ELECCIONES.—COLEGIO ELECTORAL DE LA UNIVERSIDAD EN VALENCIA.

ARQUEOLOGÍA CRISTIANA.

ICONOGRAFÍA.

NIMBOS Y AUREOLAS SAGRADAS.

ORIGEN Y USO DE ESTOS SIGNOS.

INTRODUCCION.

Hace ya cuatro siglos que la ciencia arqueológica ilustra con irrefragables monumentos todo linaje de tareas históricas, ensanchando cada día la órbita luminosa de sus especulaciones. Elaborado lenta y difícilmente desde la centuria XIII.^a aquel prodigioso desarrollo de la civilización occidental, conocido en la historia de artes

mundo ó hundidos en las entrañas de la tierra los prodigiosos y abundantísimos frutos de sus artes industriales, aptos no ya sólo para satisfacer todas las necesidades de la vida, sino para saciar también, así las ostentosas exigencias del más arrogante poderío como los mudables antojos del más refinado sibiritismo, había llegado á difundirse sobre la civilización helénica y la civilización romana la más dolorosa oscuridad, durante los tiempos heroicos de la Edad Media. Disipada al cabo, merced á los repetidos y concertados esfuerzos de aquella esclarecida milicia capitaneada sucesivamente por varones tan respetados como Dante y Petrarca, Giotto y Cimabué, Bruno de Arezzo y Lorenzo de Médicis, Bramante y Bounarrota, Chirlandajo y Urbino, Ariosto y Tasso, fué tal y tan viva la luz que despidieron sus inmortales ruinas, que, deslumbrados por ella y avasa-

sus preocupaciones científicas ó literarias; como es ley superior de la historia el mostrarse toda entera, y existen con frecuencia los fundamentos de su más esencial armonía allí donde la presunción de los doctos pensó tal vez descubrir absoluta contradicción ó desemejanza, tras la época del exclusivismo arqueológico, que tan arbitrariamente había condenado al universal menosprecio á la Edad Media, apareció la edad de su estudio, no menos útil en verdad para las presentes generaciones, pues que sin él carecerían de recta y fundamental explicación los tiempos modernos.

Pero la arqueología de la Edad Media, esto es, la arqueología cristiana, recorriendo inmensas y desconocidas regiones, no sólo iba á vindicar á la ciencia histórica del agravio que la habían inferido los clasicistas del siglo XVI, sino que debía descubrir y poner en total evi-

Rico

dencia los lazos, tan íntimos como numerosos, que la unian con la arqueología gentilicia. Tan luminoso resultado, que era por una parte elocuentísima condenación de los errores ultra-clásicos y confirmaba por otra el trascendental principio de que no es lícito, como todavía pretenden fáciles ingenios, establecer á capricho el divorcio y el antagonismo de los tiempos históricos, se obtenía á la vez bajo multiplicadas é importantísimas relaciones. Los monumentos del arte cristiano, ora tomase este por instrumento la arquitectura, la estatuaría ó la pintura, ora la poesía ó la elocuencia, en cuanto se fijaban sus creaciones por medio de la escritura; las producciones de las artes industriales, ya satisficiesen en público ó en privado las necesidades de la vida social, ya atendieran á llenar, con más altos fines, las prescripciones de la vida religiosa; las manifestaciones, en fin, de las costumbres, que en maravilloso conjunto iban sucesivamente caracterizando la naciente civilización cristiana, todo ostentó á vista de los exploradores de aquel campo virgen todavía el sello de una procedencia legítima, que buscaba sus fuentes en la antigüedad clásica, ligando en indeclinable y natural sucesión todos los elementos de la humana cultura.

Léjos, pues, de ser antagónica á la arqueología gentilicia, léjos de justificar el irreflexivo y anticientífico título de *bárbaros*, con que fueron designados sus más preciosos monumentos, fundaba y establecía sobre sólidas bases la arqueología cristiana la más perfecta armonía en el conocimiento y apreciación de los monumentos clásicos, sobre los cuales se reflejaban, con no vacilante luz, la pureza y la verdad de sus especulaciones. Fué desde aquel solemne triunfo, alcanzado no sin portentosos esfuerzos por la ciencia arqueológica, un hecho universalmente reconocido, y consignado después por los más ilustres historiadores, que en vez de ser debida á la nueva civilización, levantada sobre el Gólgota, la ruina de la civilización del antiguo mundo, habiase mostrado aquella generosa y solícita para recoger y salvar en medio de la espantosa decadencia, que precipitaron los bárbaros, las más preciosas reliquias de las artes y de las letras, purificándolas y santificándolas.

No es, en efecto, posible dar paso alguno en el examen de los monumentos cristianos de los primeros siglos de la Iglesia, sin que tenga esta verdad nuevos y brillantísimos comprobantes. Ya dirijamos nuestras miradas á la amplísima esfera de la bellas artes, de cuyas inspiraciones viven y se alimentan todas las industrias; ya las fijemos en la no ménos dilatada de las costumbres, que procura la misma Iglesia limpiar de toda superstición y mancha de gentilismo; ya las llevemos finalmente al interior de las catacumbas y de las consagradas basílicas, para contemplar en ellas los nacientes ritos y ceremonias del culto cristiano, siempre nos enseñan con plena evidencia los monumentos arqueológicos, que sería temerario y de todo punto estéril el empeño de estudiar y dar á conocer las artes, las costumbres sociales y aun la vida íntima y religiosa del cristianismo, olvidando aquella superior unidad de la historia, que, á despecho de las mayores catástrofes de los imperios, y en medio de las más radicales transformaciones de la civilización, constituyen en legítima herencia de unas generaciones las conquistas por otras realizadas.

I.

Y no hablan en verdad con poca elocuencia en este gran proceso histórico los objetos arqueológicos que nos inspiran hoy estas sencillas consideraciones.—Son los NIMBOS, DIADEMÁS y AUREOLAS en el mundo del cristianismo el signo más caracterizado y conspicuo de la divinidad, exornando con variadas formas, no ya sólo las representaciones del Padre y del Hijo, ora simbólicas, ora directas, sino también las de la Madre Jesús, las de los apóstoles y evangelistas y las de los mártires y los santos. Nada más propio, más constante, más obligado é imprescindible en la iconografía cristiana; y, sin embargo, necesario es ir más allá del gran drama del Calvario, para descubrir entre los pueblos gentilicios del Oriente el origen y uso de los *nimbos*, *diademas* y *aureolas*, y su derivación á las regiones occidentales, hasta que son al cabo adoptados por la Iglesia en el solemne momento de su triunfo.

Quiéren, en efecto, muy doctos arqueólogos remontar el origen de los *nimbos* á la cuna misma de la idolatría. Para ello aseguran que los círculos de oro que primeramente rodearon las cabezas de los ídolos, estaban hechos á semejanza de los discos del sol y de la luna, conforme al efecto producido por los rayos de luz arrojados por ambos planetas, á quienes desde las edades primitivas habian tributado ardiente culto la gratitud y la admira-

cion de los hombres, borrada en parte ó extraviada la noción del Dios verdadero. Asientan otros, no partiendo ya de una hipótesis más ó ménos racional, sino fundando su opinion en irrecusables monumentos, que fué debida á los egipcios, etíopes y persas aquella religiosa costumbre, pasando después á los fenicios y á sus numerosas colonias.

—Mas conveniente es consignar desde luego que no se limitó esta manera de consagración á la divinidad, cualquiera que fuese en los expresados pueblos la forma en que era concebida y representada. Elevados á la pública adoración los semi-dioses y los héroes en aquellas lejanas edades, designadas en la historia de la humanidad bajo el nombre de tiempos hieráticos, aspiróse en todas partes á determinar en sus estatuas, así la sublimidad de su origen sobrehumano, como la excelstitud de la gloria, que les habian conquistado sus hazañas y sus virtudes; y fueron las cabezas de los semi-dioses y de los héroes exornadas de nimbos, diademas y coronas, como lo habian sido las de las primeras divinidades.

Débil siempre la humanidad y siempre inclinada á rodear de los resplandores de lo maravilloso y lo divino á cuanto la sojuzga con fuerza irresistible, ó la arrebatada y deslumbra con luz extraordinaria, no se detenía en esta suerte de apoteosis otorgada á los semi-dioses y á los héroes. Envolviendo en las nieblas de lo desconocido la cuna de sus primeros reyes, no tardaba por cierto en atribuirles el mismo origen preternatural que habia concedido á los semi-dioses, hijos del comercio, harto frecuente de las deidades celestiales y de los hombres; y dado ya este paso, consecuencia natural é inevitable fué para aquellos pueblos el exornar las estatuas y representaciones de sus reyes, demas de las coronas y diademas, con los sagrados nimbos y aureolas. "Fueron los primeros que pensaron en atribuir estos delirantes honores, no sólo á los dioses, sino también á los varones ilustres y á los reyes (escribe el diligentísimo Gori) los egipcios, los etíopes, los persas y los fenicios: porque á su imperio y gobierno están sujetos los demas miembros corpóreos, y porque en ellas reside por obra divina la mente humana, como insignia de suma excelencia y asiento de potestad y de virtud, adornaron sus cabezas de círculos radiantes y diademas (*radiatis circulis et diadematis*)".

Andando los siglos, y esparcidos en las regiones occidentales los elementos de la cultura oriental, recibieron los etruscos de egipcios y fenicios el uso y aplicación de los *nimbos* y *aureolas*, así como aceptaron también el empleo de las *coronas*, según ampliamente comprobamos en nuestro libro del *Arte latino-bizantino en España y las coronas de Guarrazar*, descubiertas en 1858. "Y porque los etruscos (observa el ya citado Gori) excellían á egipcios y fenicios en ingenio y sagacidad, aumentaron y ampliaron aquellos ornatos de la divinidad con muy esplendorosos y exuberantes aditamentos, como lo prueban numerosos ejemplos (de dioses y diosas)." Así, pues, aquel pueblo, que tan señalado lugar alcanza en la historia de las artes—emulando la gloria del nombre griego y apareciendo cual predecesor y aun maestro del romano—connaturalizaba en las regiones centrales de Europa la noción religiosa de *aureolas* y *nimbos*, que tomaba al propio tiempo carta de naturaleza en el archipiélago helénico.

Grande habia sido entretanto la influencia ejercida en la civilización griega por la cultura de los Faraones, como han reconocido desde la más lejana antigüedad doctísimos historiadores y atestiguan de un modo concluyente innumerables monumentos. De los egipcios tomaban los griegos, en esta marcha progresiva del Oriente hácia el Occidente, el conocimiento de aquellas peregrinas preseas, que iban á desnaturalizar en cierta manera la primitiva austeridad de sus representaciones teogónicas. Moderados por extremo, así en el vestir como en el exornar las estatuas de sus dioses, habian resistido largo tiempo la fastuosidad de los orientales, consistiendo precisamente en esta modesta cuanto elegante sobriedad el sello característico de su estatuaría. Como signo de sumo poder y de augusta majestad sólo habian coronado la frente de sus deidades de robustos *cuernos*: Júpiter primero, tal vez á imitación del egipcio Serapis, y después Marte, Baco, Diana y Pan, habian aparecido en sus más renombrados simulacros ennoblecidos de tal arte, no sin que la admiración, engendrada por las portentosas hazañas de los reyes, ó la adulación, nacida en el deseo de medros personales, dejaran de discernir ó tributar á muy distinguidos príncipes iguales honores.

Trocábanse estos, durante el siglo de oro de la cultura helénica, por desusado aparato decorativo; y mientras el arte de los Methágenes aspiraba á enriquecer los templos de Júpiter y Apolo, Minerva y Diana, con las deslumbradoras maravillas orientales de la *pintura policroma*,

realizaba el arte de los Phidias análoga conquista, cubriendo de oro y marfil las soberbias estatuas de aquellas mismas divinidades. Ornadas de multiplicadas representaciones (*pluribus simulacris*), y de exquisitas piedras preciosas, brillaban también sobre sus cabezas muy ricas diademas y coronas, ó resplandecían muy ostentosos *nimbos*. Ofendido tal vez el sentimiento religioso de los griegos, buscaba explicación ó disculpa á esta suerte de profanación de sus deidades y á este olvido y menosprecio de su pristina sencillez, invocando la casi sagrada autoridad de Homero: el inmortal poeta no sólo habia rodeado la cabeza del Padre de los dioses de un círculo flamígero, que simbolizaba su absoluto imperio sobre lo criado, sino que habia también representado á Palas circuyendo la cabeza de Aquiles de una nube de oro, cuyo etéreo esplendor se dirigía al cielo, mientras ascendía la diosa al Olimpo (*Iliada*, lib. IV).

Arraigado en el suelo de Italia el uso de los *nimbos* y *aureolas*, no ya sólo por la adopción que de ellos hicieron los etruscos, sino también por la más reciente verificada por los helenos, dueños de la isla de Sicilia y de la Magna Grecia en la península itálica, no era por cierto de extrañar que lo recibiesen los romanos. Persuadido así, cuando auténticos é incontestables documentos no lo enseñaran, el singular carácter de la cultura, que llevó sus armas y su imperio á todos los confines de la tierra. Roma, según se ha repetido con dolorosa exactitud, desde los tiempos de San Jerónimo habia abierto las puertas del Capitolio á todas las divinidades de Oriente y del Occidente, imaginando ligar con semejante lazo todas las nacionalidades vencidas ó aniquiladas por sus legiones; y al realizar este pensamiento político, que la presentaba á la faz de los pueblos, avasallados á su imperio, desposeída de toda religión, no podía en modo alguno rechazar los ritos y costumbres de aquellas multiplicadas teogonías, como no podía desear tampoco sus especiales representaciones *icónicas*. Los romanos, pues, ora siguiendo el ejemplo de los etruscos, eficaz en repetidas ocasiones; ora imitando á los griegos, á quienes vieron cual maestros en artes y en letras; ora, en fin, cediendo al general influjo que dió aliento á su nacionalidad y precipitó al postrero la ruina de su poderío y de su cultura, después de haber intentado sublimar sus deidades con el atributo de la fuerza y de la majestad, simbolizado en los *cuernos*, cargaron las cabezas de los ídolos de diademas, dobles coronas de oro, ténias, vitas (festones, guirnaldas), círculos dorados y *nimbos* flamígeros ó radiantes, cual muestran al par numerosísimos monumentos de la estatuaría, la glyptica, la anaglyptica, y la cerámica.

Mas así como en los pueblos orientales habian revestido la gratitud ó la lisonja de estos signos supremos de la divinidad á los llamados semi-dioses, á los héroes y á los reyes, así también, derrocada la República y levantados los Césares, ya por la adulación de sus cortesanos, ya por su propia soberbia, á la categoría de los dioses, no tardaron en admitir ó exigir, entre los atributos de su desvanecido cuanto ilimitado poderío, aquellas sagradas insignias. La toga triunfal (*trabea triumphalis*), las haces consulares (*fascas consulares*), las sillas curules (*sellae curules*), la *mappa*, el cetro (*sceptrum*, *scipio*), el régio escabel (*suppedaneum regale*), y los demas ornamentos personales de los Césares hallaban digno complemento en las coronas, en las *aureolas* y en los *NIMBOS*, *illa lux divinum verticem claro orbe complectens*, según la gráfica expresión del panegirista de Maximiano.

Por estos senderos llegaba, pues, á la edad del cristianismo el uso de las diademas, coronas, *AUREOLAS* y *NIMBOS*, cual atributo de la divinidad y emblema de la majestad y del poder supremo. ¿Lo adoptó la Iglesia desde los primeros tiempos de la predicación apostólica? ¿Recibió aquellos signos en la misma forma con que los habia empleado el gentilismo?—Hé aquí las principales cuestiones que saltan á la vista, recorrido ya, aunque sumariamente, cual dejamos verificado, el largo camino que nos lleva á descubrir los orígenes de esta interesantísima parte de la *Iconografía cristiana*. Procuremos, pues, para no fatigar á los lectores, resolver ambas cuestiones con la exposición gráfica de los más autorizados y auténticos monumentos, en el siguiente artículo, no sin ensayar al propio tiempo la clasificación arqueológica de las aureolas y los nimbos cristianos, conforme á la enseñanza que de los referidos monumentos se desprende.

JOSÉ AMADOR DE LOS RÍOS.

1870.

LA SERRANA DE LA VERA,

COMEDIA DE LOPE.

(Continuacion.)

LEO. Yo no he de estar en Plasencia mientras esto se averigua. Las botas me he calzado, la saya corta que ves, que honestamente los piés muestra deste y de aquel lado. Esta espuela, este sombrero son para irme al monte.

LUIS. Tente, que en ocasion tan urgente es crueldad.

LEO. Allá te espero.

LEO. Sin tí me dejar, Leonarda, en tan extraña ocasion?

LEO. No espere más galardón quien mal la palabra guarda. ¡Hola!

AVEND. (Entrando.) ¿Señora?

LEO. ¿Está ya ensillado el Andaluz?

AVEND. Sentido está de la cruz.

LEO. ¿Puede salir?

AVEND. No podrá.

LEO. ¿Y el Rosillo?

AVEND. Está clavado.

LEO. ¿Pues qué ensillan?

AVEND. El Tordillo.

LEO. ¿Con qué aderezo?

AVEND. Amarillo sobre cuero de venado.

LEO. Dame, Avendaño, la espada.

AVEND. Cuchillo de monte habia.

LEO. No es, Avendaño, este día para guarnicion dorada*.

LUIS. ¿Que esto intentas?

LEO. Esto intento.

LUIS. Mira, hermana...

LEO. ¿Qué es mirar?

LUIS. Hombre eres.

LEO. Adios.

LEO. Adios.

LEO. ¿Quién va allá?

LEO. Nosotros dos.

CRIADO. Toma estribo.

LEO. ¿Qué es tomar?

LEO. ¿Será nueva maravilla subir sin él?

CRIADO. ¿Gran blason!

LEO. Basta que toque el arzon para ponerme en la silla.

LUIS. Espera.

LEO. No puedo más.

LUIS. Oyeme.

AVEND. ¡Cólera fiera!

LEO. Veréte partir siquiera.

LEO. ¡Adios, casa!

LUIS. ¡Al fin te vas!

Ese ¡adios casa! tan enérgico y tan propio, muestra claramente el propósito de Leonarda, no bien desarrollado en toda la escena, que parece escrita con demasiada precipitacion y sin comprender el partido que de sus situaciones podia sacarse.

La que sigue á ésta es por todo extremo peregrina. Como si dijéramos debajo de la presidencia del capitán Andrada, júntase un tribunal de honor, para fallar sobre el punto que trae á las más nobles casas de Plasencia divididas. No ménos lo aparecen las opiniones. Hay quien piensa que lo hecho con D. Rodrigo es traicion, y disertase largamente sobre las calidades que distinguen á la traicion de la alevosía. Hay, por el contrario, quien sostiene que el afrentado es D. Carlos, porque á él iban dirigidos los palos que D. Rodrigo recibió, y por último, hay quien proponga para concertar los pareceres desagrandando á las familias, que Leonarda case con D. Rodrigo, en pena de haberle afrentado su hermano, á lo que se oponen Fulgencio y Fineo, autores de la discordia, dando por disculpa el primero una que recuerda el juicio de Salomon.

Hágolo, si no lo entiendes, porque es don Carlos mi amigo. Si es afrentado por Dios

* Esta escena tan vigorosa, tan pintoresca y dramática, decaee grandemente por un error fisiológico de Lope, que hace á su dama, en medio á tales arrebatos de pasion, ocuparse en cosas menudas é inverosímiles. ¿Daria gusto así á los mosqueteros del teatro, al necio vulgo que le hacia hablar en necio algunas veces?

Á punto de montar á caballo, se vuelve Leonarda á los criados, preguntándoles:

CRIADO. ¿No hay mochila?

LEO. Ya está envolviendo Camila lo que has de llevar allá.

CRIADO. ¿Qué llevo?

LEO. Un gentil jamon de Alcántara.

CRIADO. ¿Con qué hambre lo dices! Y ¿qué hay siambre?

LEO. ¡Donosa observacion en boca de mujer y en tal momento!

y si el casarse es remedio, ¿qué ha de partirse por medio y casalla con los dos?

A solas ya el galan de Leonarda con su criado Galindo, aprendemos que éste le entregó una carta de su amo en el momento en que montaba á caballo la amazona, y síguese dibujando con gran vigor el carácter de ésta.

CÁR. ¿Has sabido en qué paró el enojo de Leonarda?

GAL. Jamás de ardiente bombardas colado hierro salió entre el polvorin y el taco, como de su boca allí salió un—"Véteme de aquí, "desvergonzado vellaco."

CÁR. ¿Luego no tomó el papel?

GAL. ¿Qué es papel? A estarme quedo creo que en palos y miedo te trujera el porta del, porque alzando la baqueta con que el caballo regia, sino se empina, hoy tenia lindos guantes la estafeta.

CÁR. ¿Que es caballo? ¡Triste yo!

GAL. Tú tienes gentil despacho. Vestida de marimacho con seis podencos salió, un azor y dos criados, que Avendaño y Carpio son, á un tordillo brion batiéndole los costados.

CÁR. ¿Dónde?

GAL. Tres leguas de aquí, hácia Garganta la Olla, y no sé qué de una polla, capon y jamon oí; de donde vengo á entender que hará más que noche allá.

CÁR. Galindo, ensilla Jazmin.

GAL. ¿No vas armado?

CÁR. ¿Á qué fin?

GAL. ¡Ah! Que vas en la demanda del gigante Fierabras.

CÁR. Anda, loco, que es mujer.

GAL. Yo del monte he de volver con linda leña detras.

Abandonemos á las otras damas, envueltas en su diabólica intriga, que enmaraña más y más el capitán Andrada, queriendo obligar á Estela á casarse con D. Rodrigo, sin respeto á cierto abrazo que Teodora habia de éste recibido en público, y dando ocasion á que la agraciada con una sutileza propiamente femenina, crea á piés juntos ya el enredo de Fulgencio, y crea que D. Luis, de acuerdo con D. Rodrigo, para zafarse del compromiso de casar á su hermana con D. Carlos, imaginó el arbitrio de los palos, donde surge otro punto de honor que aparta de la intriga á D. García, mensajero del capitán Andrada, exclamando noblemente:

Digo que don Luis y don Rodrigo serán incendio este día de su patria y de su honor. Yo de todo alzo la mano.

Abandonemos, pues, este laberinto, algo más semejante al de Creta de lo que parece, pues cuando por la negativa de Teodora se rompen las paces que con tanta dificultad el tribunal de honor habia concertado, y ponen los caballeros mano á la espada riñendo dos á dos, cádate que en vez de Minotauro aparece en medio del laberinto, ¿quién crearán nuestros lectores? Nada ménos que un leon, que tenia en su casa cierto D. Fadrique (al parecer el duque de Béjar), y que atraviesa la escena con toda la majestad de un rey de las selvas, como si el poeta se propusiera dar á tan grave personaje una participacion muy directa y oportuna en su intriga, en lo que por cierto erraria quien lo creyese. Dejemos, pues, á Plasencia alborotada con el leon, y trasladémos á Garganta la Olla de un salto, no mayor que los que dan á menudo los personajes de Lope, donde Leonarda se entretiene en la caza de alcon, y habiéndosele perdido de vista este fiero animal, que sólo se oye el cascabel tras una zarza, le dá señuelo Avendaño con el consabido *huchoo, huchooo*, y aparecen como al reclamo el traidor amante Fulgencio y su inseparable y débil Fineo, que traen la noticia del casamiento concertado con D. Rodrigo, no sin que Fulgencio haga de las suyas, sembrando nueva cizaña de este modo en el alma de la cazadora:

Este concierto es traicion, y á gran peligro te pones. Que don Rodrigo por dar satisfaccion á su honor dió el sí y díjome el traidor que te pensaba matar en viéndote en su poder con veneno, porque adora, como sabes, á Teodora, porque ha de ser su mujer.

Los criados procuran calmar el enojo de la feroz doncella, y hallan muy prudente la traza del casamiento.

AVEND. No pudo hacer mi señor cosa más honrada.

LEO. ¡Calla!

AVEND. ¿Pues cómo vivir podia en Plasencia?

LEO. No viviera, que á Flandes irse pudiera, ó como su padre, á Hungria. Basta que á un hombre perdí á quien sólo quise bien, y que quiere darme á quien apenas el rostro ví. Pues no ha de ser de esa suerte. Hola, Avendaño.

AVEND. ¿Señora?

LEO. Volved á Plasencia agora, y con nuevas de mi muerte. Decid allá que he caido de un risco con el caballo.

AVEND. No me atreveré á contallo, ni á ser tan mal recibido.

CARPIO. Ni yo por Dios.

LEO. Pues villanos, daréos de cuchilladas.

AVEND. ¿Desto, señora, te enfadas?

LEO. Pues ya conoceis mis manos.

Toma el acto desde aquí el tono entre bucólico y caballeresco que tan admirablemente usaba Lope, y de que Cervantes nos ha dejado modelos inimitables en su novela inmortal. Sólo ya Leonarda en el bosque, da rienda suelta á su furioso dolor, en un romance muy bello.

Claro cielo, sol hermoso, agua, viento, fuego y tierra, verdes enebros armados, pardos riscos, blancas peñas; murmuradores arroyos, de mis lastimosas quejas, ecos que las vais doblando con las sílabas postreras; á todos, como festigos de mi voluntad sin fuerzas, hago juramento y voto de no volver á Plasencia; de vivir entre estos montes en las más cóncavas cuevas, entre los silvestres gamos; y entre las cabras montesas; de aborrecer á los hombres y de tratar con las fieras; de salir á los caminos, y hacerles notable ofensa; de matar y de herir tantos que haya por aquestas cuevas tantas cruces como matas, tanta sangre como adelfas; de vestir de sus despojos, y de ser en esta sierra una esfinge más cruel que la que escriben de Tebas.

Aparece el amante llenando tambien los vientos de quejas en tono de Petrarca, ora en sonetos rotundos, ora en quintillas preciosas, que recuerdan la *Diana Enamorada* de Gil Polo, cada cual respirando por la herida que han abierto en su pecho las traidoras palabras de Fulgencio; pero ella, más dura que las peñas que la rodean, apenas si da oidos á su galan, y le corta la palabra en términos muy dramáticos, despues de apuntar la trasformacion que ha sufrido su naturaleza selvática.

Ya es tarde por vida tuya, que mujer desengañada es grande furia la suya; no hay ave del nido echada que así de los hombres huya. No es bien que tu pecho ame para juntar con su nombre el que tan limpio se llame, una mujer que es medio hombre, y un hombre que es medio infame.

Entre estas peñas tambien viviré por penitencia de haberte querido bien, y no volveré á Plasencia aunque mil muertes me dén.

CAR. Mirad, mi bien, que os estimo sobre cuanto el cielo ha hecho; don Luis, señora, es mi primo; para la cruz de su pecho yo he sido el mejor arrimo. A mí me han dicho que él fué quien mi nobleza infamó. No hables más.

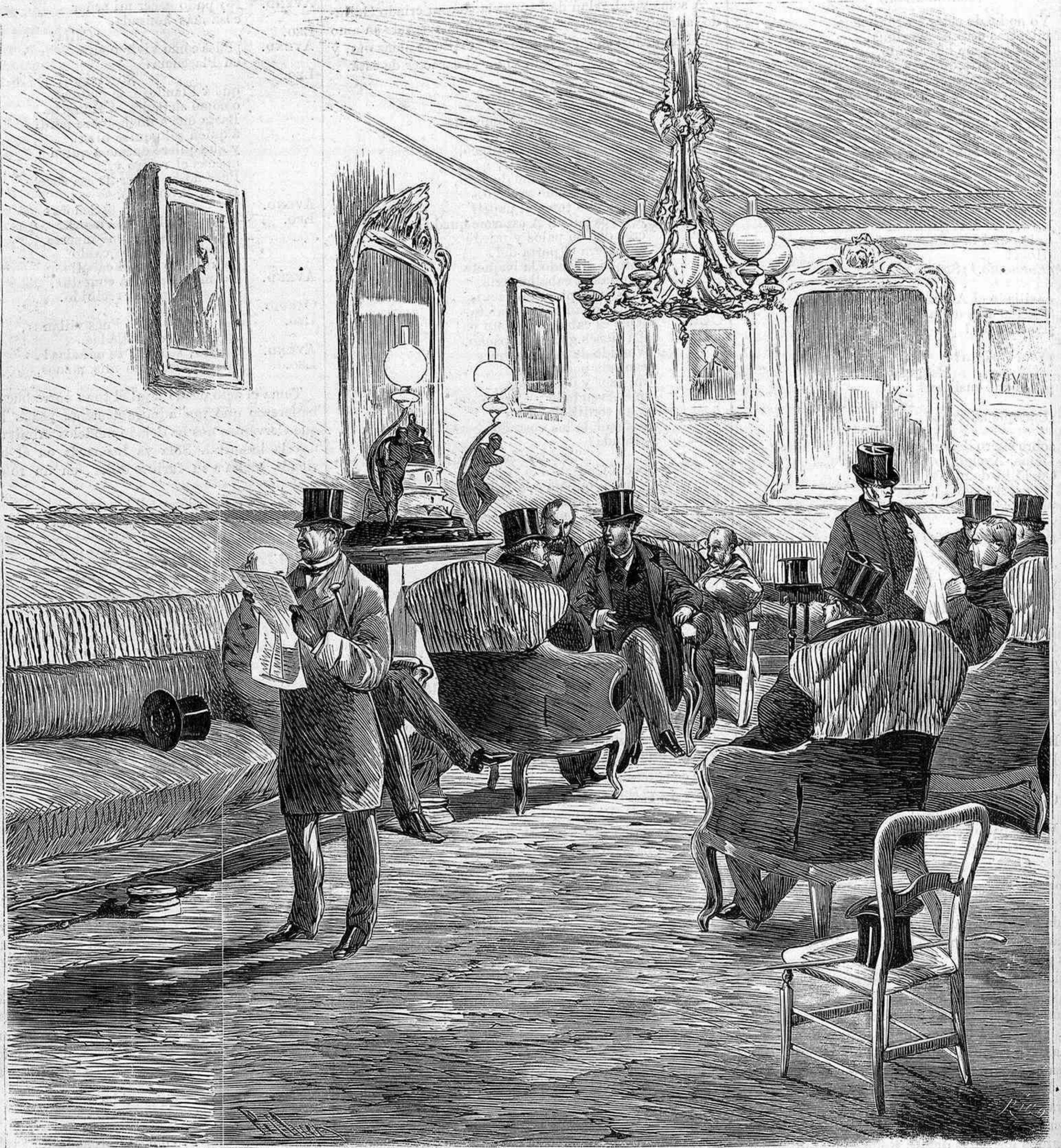
LEO. ¿Cómo podré?

CAR. Hombre que tan mal habló para siempre mudo esté. (Vase.)

LEO. Esa palabra te doy, y de no hablar mientras viva, pues tan desdichado soy.

(Se continuará.)

V. BARRANTES.



ATENEO DE MADRID.—SALON LLAMADO DE LOS VIEJOS.

EL ATENEO POR DENTRO.

(COPIA DEL NATURAL.)

Hace algunos días que un alemán muy amigo mío, expulsado de Francia por los partidarios de la fraternidad universal, me rogó que le enseñara los principales centros científicos y literarios de Madrid, idea extraña, propia sólo de gentes germánicas, pues nosotros los españoles nos cuidamos ántes de visitar los cafés, los templos de Afrodita y otros sitios instructivos, que de ocuparnos en fruslerías científicas que sólo sirven para apartar al hombre del santo temor de Dios.

Comencé por llevarle á la Universidad, donde admiró, como es justo, la espaciosidad y belleza del local, la abundancia del material científico, la compostura admirable de los alumnos, la union fraternal del profesorado,

la prosperidad de las enseñanzas libres y demas excelencias de aquella docta casa; le conduje despues al Círculo filosófico, donde habia unos cinco ó seis sócios, cuyos discursos depararon al buen alemán el gusto de oír en España los armoniosos acentos de su lengua patria, ligeramente modificada, y por último, le introduje en el Ateneo.

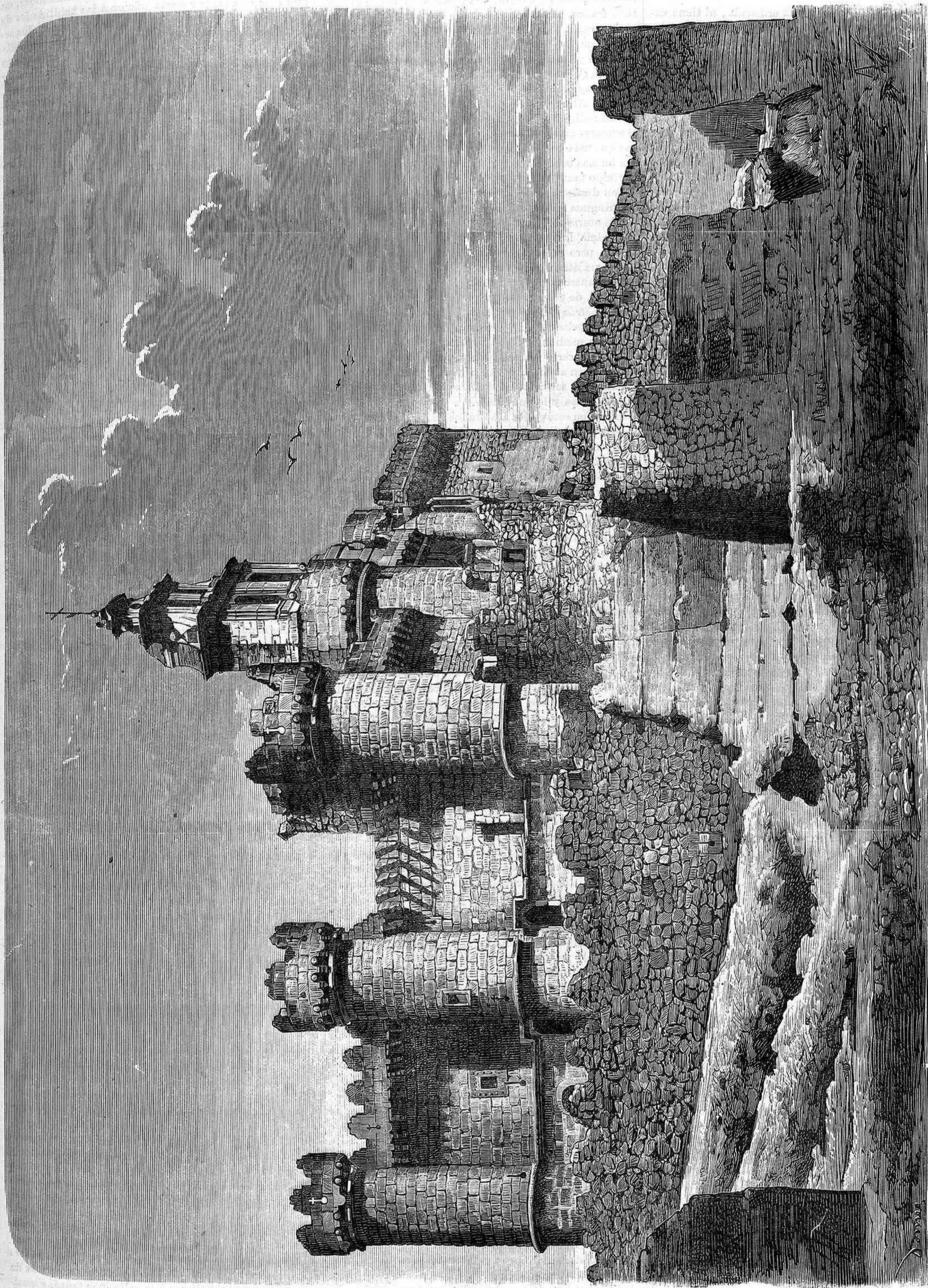
Al ver el alemán los estantes de la numerosa biblioteca, al contemplar tantos y tan aplicados lectores en ella y en el salon de periódicos, creyóse en su propia tierra, y arrepintiése de los malos juicios que acaso habria formado acerca de nuestra cultura; pero bien pronto mi malicia cuidó de sacarle del engaño.

—¿Cree Vd., le dije, que no se halla en España? Pues bien poco ha de durarle la ilusion. Vea Vd. el alumbrado. Era de gas el año anterior y hoy es de petróleo, señal inequívoca de que hay economías, esto es, de que no hay un cuarto.

Repárese Vd. en esos libros cerrados bajo llave, en esos periódicos sujetos con candados fortísimos, y esto le mostrará que la propiedad ajena no goza de la seguridad que fuera de desear, porque en España, en materia de periódicos y libros, todos somos comunistas. Acérquese Vd., en fin, á esas columnas de la sala de lectura y á esas otras del salon de sesiones, y observará en ellas fijados carteles que prohiben que cada sócio tenga en su poder más de dos periódicos á la vez y que se fume en el salon. Pues bien, si Vd. repára, cada sócio tiene cuatro ó cinco periódicos, y en el salon todo el mundo fuma.

No hay un céntimo, no hay respeto á la propiedad, no hay obediencia á la ley. Estamos, pues, en plena España.

Atónito me escuchaba el germano, en tanto que seguía mirando con atencion cada vez creciente los estantes. Al cabo, rompiendo su silencio:



CASTILLO DE TURÉGANO EN LA PROVINCIA DE SEGOVIA, TOMADO DESDE EL S. E.

esos
to le
guri-
teria
Acér-
ectura
ellas
en su
me en
e cua-
undo
edad,
plena
e se-
s es-

¡Horror causa, dijo el anciano caballero estremeciéndose, el referir lo que entonces pasó en la *Peña de los Cuervos!*...

Leandro, con una precipitación febril imponderable, se despojó de sus ropas exteriores.

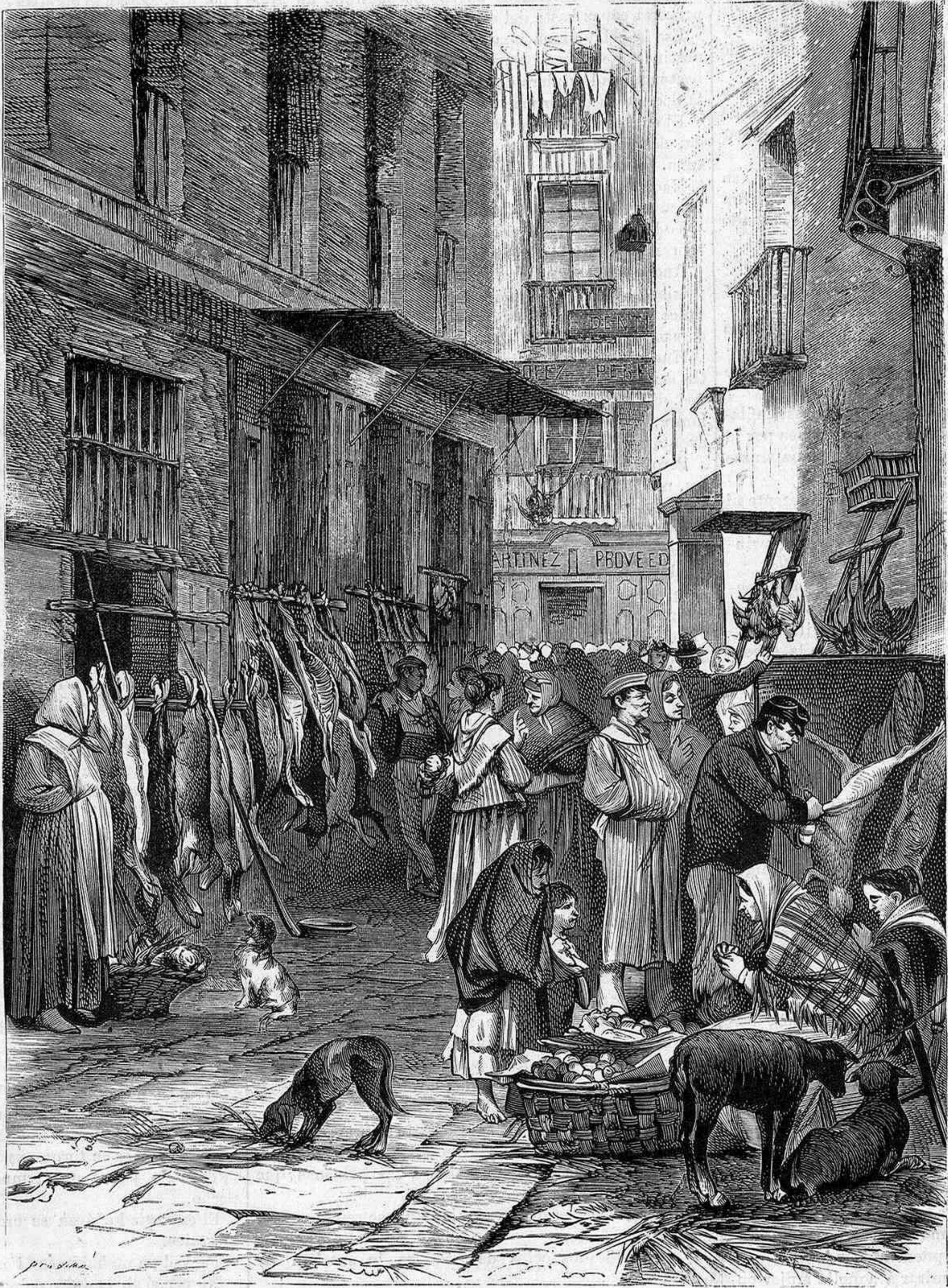
Después, sacando de su vaina de terciopelo carmesí un pequeño puñal de acerada punta, se hirió levemente en el pecho.

brumas matinales, y—magnífico—extendiendo los brazos y lanzando gritos inarticulados y salvajes, se precipitó en el mar todo cubierto de sangre.

El pescador que he mencionado le gritó desde su barquilla, adivinando su intento poco antes de que lo hubiese realizado, y abandonando sus redes con precipitación remó desesperadamente hacia el lugar de la catástrofe.

su nombre, y los dos retratos que os he enseñado y que por una casualidad vinieron á mis manos. El marqués de Serantes no tardó en saber el fatal suceso.

Loco de dolor se trasladó al lugar de la catástrofe, y cuando al retirarse la marea pudieron extraer el cadáver de su hijo, á quien ya los peces habían empezado á devorar, cayó sin sentido sobre la arena de aquella playa de tristes recuerdos.



LA CALLE DE LA CAZA EN MADRID.

La sangre no tardó en brotar en abundancia.

Entonces humedeció en ella sus dedos escribiendo sobre la planicie de la peña que el tiempo y las lluvias habían alisado, esa lúgubre exclamación y esa fecha inteligible, que aún subsiste, y que probablemente subsistirá durante muchos años.

¿Quién en aquel *¡Ay de mí!* y en aquella fecha que la turbación, el desvanecimiento acaso del joven no le permitieron terminar, no adivina un crimen y un dolor infinitos?...

Así que terminó la sangrienta operación, volvió la vista á la ciudad, que comenzaba á salir de entre las

¡Mas, ay, que su caritativo intento fué en vano! ¡Ya era tarde!

La marea subía en aquel momento, y las aguas se arremolinaban al pie de la lúgubre Peña de los Cuervos, penetrando tumultuosamente en una de las cavidades que, á fuerza de siglos, habían socavado en la piedra.

Viendo el pescador que ningún auxilio podía prestar al suicida, arribó en la cercana playa de San Amaro y corrió á la ciudad, á dar parte á la justicia de tan lamentable acontecimiento.

Sobre la peña, además de las ropas del joven, se encontraron su reloj, algún dinero, papeles y tarjetas con

Honda sensación causó en la ciudad tamaña desgracia.

El joven, como ya hemos dicho, era generalmente apreciado, y Ernestina, á quien justamente se acusaba de su muerte, abandonó á la Coruña para ir á habitar una posesión que tenía á orillas del mar, en las faldas del monte Brion, lugar inmediato á Ferrol.

También el marqués de Serantes desapareció al cabo de algún tiempo, después de vender los cuantiosos bienes que poseía en Galicia.

El marqués había estado á las puertas de la muerte quedándole de su enfermedad una rara monomanía: la

de creerse un cruel pirata, dispuesto siempre á los combates y al exterminio.

Todos compadecían al infeliz padre, y creyéndolo loco, no se fijaban en las palabras de venganza que solía pronunciar.

Más ¿de quién quería vengarse?

Fácil es adivinarlo.

Ernestina había causado la desgracia de su hijo único; Ernestina había llenado de luto su corazón, y éste sentía por la americana un odio profundo, inextinguible.

V.

— ¡Recordais, me preguntó el anciano, un barco negro y misterioso que un día, al amanecer, se presentó á la entrada del puerto de la Coruña?

— Sí, recuerdo, le contesté. — Un barco del cual no llegó á verse ningún tripulante, y al que hizo fuego el castillo de San Anton.

— ¡Justamente! Continuó el caballero. Pues ese barco lo montaba el marqués de Serantes; era un barco de su pertenencia.

Ardiendo en deseos de vengarse de Ernestina, y sabiendo el lugar á que ésta se había retirado, compró á subido precio en el puerto de Santander un bergantín sumamente velero, el cual hizo preparar á su modo y pintar enteramente de negro.

Tripulado por hábiles marineros y gentes de su confianza, se dedicó á recorrer las costas de Galicia, y con particularidad las inmediaciones del Ferrol y la Coruña.

Al acercarse á alguno de estos puertos, izaba el bergantín una bandera enteramente negra, con una calavera blanca en el centro en señal de luto y exterminio.

La mente del marqués sufría una gran perturbación.

Ni su avanzada edad, ni la pena causada por la pérdida de su hijo, fueron bastante á disminuir su energía.

Tenia una idea fija: la de vengarse.

Una noche el bergantín negro fondeó en la pequeña ensenada frente á la cual se alzaba entre unos árboles la casa de Ernestina.

El marqués de Serantes saltó á la orilla, acompañado de ocho hombres que se acercaron á la casa sigilosamente.

Todos en ella dormían, excepto un perro, fiel guardián que con sus ladridos despertó á un criado.

Cometió éste la imprudencia de aventurarse entre los árboles dejando abierta la puerta de la casa, y no tardó en verse sujeto, amordazado, por las gentes del marqués.

Este, á la cabeza de sus ocho hombres, penetró enseguida en la quinta.

Como el perro continuase ladrando desesperadamente, les fué preciso matarlo á puñaladas.

Todo esto se había ejecutado con la mayor rapidez; más sin embargo, los ladridos del perro despertaron á Ernestina que, con el oído atento, se incorporó en el lecho.

¡Cuál no sería su espanto cuando vió entrar en su alcoba al marqués de Serantes, echando llamas por los ojos y con un agudo puñal en la mano!

La viuda no pudo articular una palabra, y creyéndose perdida juntó las manos con terror y cerró los ojos.



CÓDICE AMERICANO DEL SEÑOR MIRÓ.

— ¡Muere, infame ramera! exclamó el ofendido padre, hiriéndola en el pecho con todas sus fuerzas.

Ernestina se desplomó en su lecho lanzando un profundísimo gemido y derramando un torrente de sangre.

Un momento despues estaba muerta.

Como entonces empezaba á sentirse en la casa el ruido de voces lejanas, el asesino y sus cómplices huyeron apresuradamente á ampararse de su embarcación, que levanto anclas no tardó en alejarse á fuerza de velas de aquellos lugares.

La horrible venganza estaba cumplida, y algunos dias despues el juez de primera instancia de Ferrol, que habia empezado á instruir las oportunas diligencias para descubrir los autores del crimen, recibió una carta fechada en Marsella, que decia así:

«A nadie se culpe de la muerte de Ernestina de... Yo, desgraciado padre á quien esa perversa mujer ha privado de un hijo querido, la asesiné despiadadamente la noche... (Aquí la fecha.)

El marqués de Serantes.»

Tal es la historia de la célebre *Peña de los Cuervos* y tal la del *Barco fantasma*, á quien los habitantes de las costas de Cantabria habian empezado á llamar así desde los primeros dias de su aparición en aquellos mares.

FIN.

LISBOA EN 1870*.

SEXTO Y ÚLTIMO.

Ya hemos dado á conocer la plaza de D. Pedro y el teatro de doña María; tomando la izquierda de su fachada principal se encuentra á corta distancia el *Paseo Público*, que es el primero de la ciudad. Está enclavado entre dos montañas, y privado, por consiguiente, de toda vista exterior y aun de la conveniente ventilación; tiene una extensión de 1.200 piés, y se halla cercado por una verja de hierro sentada sobre cantería y cerrada por gruesas puertas, como si se tratara de guardar los tesoros de los califas. Contiene algunos jardines que cortan las calles de árboles, y dos bellas estatuas que representan el Tajo y el Duero; la calle principal está interrumpida por un estanque y al lado opuesto de la entrada principal por una cascada á cuyo lado hay dos escalinatas que conducen á una elegante terraza desde la cual se domina todo el paseo. Es frecuentado por la mejor sociedad de Lisboa, de otoño á verano, desde la una ó las cuatro; durante el estío, por la tarde, y principalmente por la noche, en que se celebran allí conciertos y funciones muy agradables.

Cuatro calles rodean el paseo: en la Oriental se halla el teatro llamado de la *rúa das Condes*, que es muy pequeño y que no merece la pena de ser visitado; la continuación de esta calle conduce á la del Salitre, en que se encuentran el *circo de Price* y, frente á él, el *teatro de Variedades*.

Cerca de este sitio se halla el *Campo de Santa Ana*, espaciosa y bella plaza que en uno de sus extremos tie-

ne un pequeño *square*; en el opuesto está la *Plaza de Toros*. En el centro se celebra todos los mártes la llamada *feira de la ladra*, que es enteramente igual, por el género de la mercancía, al mercado que los domingos tiene lugar en Madrid en el Rastro y Rivera de Curtidores.

No ofrece la misma semejanza el *Matadero*, que, consultando todas las conveniencias y todas las comodidades, se ha construido en el sitio denominado *Cruz do Tobaado* y que puede rivalizar con los mejores de París. Frente se halla el *Hospital veterinario*, notable establecimiento anexo al *Instituto agrícola*.

Tomando la derecha del *Matadero* se encuentra el camino que conduce al *Campo Pequeno*, terreno irregular que sirve para ejercicios militares y sitio muy con-

* El grabado que acompaña á este artículo pertenece á la segunda parte de LISBOA EN 1870, titulada *Las cercanías de Lisboa*, que verá la luz pública en nuestro periódico tan pronto como se termine la primera.

currido los días de encierro de toros; y el *Campo Grande*, el paseo más vasto de la ciudad: es una extensión considerable, con largas calles de buenos árboles, jardines y lagos; está llamado á ser el paseo de carruajes de Lisboa; pero se necesita para eso ponerle en fácil comunicación con el centro de la ciudad, para lo cual está proyectado un boulevard, continuación del paseo público, que vaya á parar al Campo Grande. Forman los costados de éste dos líneas de edificios en que se hallan mezclados los palacios y casas de recreo con fábricas de varias clases y un *Asilo* fundado por D. Pedro V para la infancia desvalida.

Paralelamente al Campo Grande, cuya superficie es de unas 20 hectáreas, hay dos caminos que conducen á Luz el uno y al Cumiar el otro: por ambos se suceden casi sin interrupción las casas de campo. El *Cumiar* es una población sin importancia, que sólo ofrece de notable el palacio y quinta del duque de Palmela, considerada como la mejor de Lisboa. En *Luz* está el Colegio militar, donde se educan los hijos de los oficiales del ejército y armada.

Retrocediendo al Campo Pequeño y tomando el camino de *Rego*, casi todo guarnecido de quintas, se llega á la llamada de las *Lvasijeiras*, sitio amenísimo, con palacio, suntuoso teatro, lagos, puentes, grutas, cascadas, kioscos, pabellones, jaula de fieras, abundante arbolado, bosque, prados, flores, estatuas, torreones, lindas calles, bella gradería, elegante portada, magníficas estufas, una residencia, en fin, digna de un príncipe, poética y pintoresca otro tiempo, descuidada desde la muerte del conde de Karrobo, que la formó á costa de muchos millones.

Comienza allí *Besufica*, el más agradable de los arrabales de Lisboa, lleno de palacios, entre los cuales sobresalen los de la *Quinta de Lodi*, de *Sete Rios*, de doña Isabel y del marqués de la Fronteiras, todas rodeadas de casas de campo y jardines de utilidad y recreo y *quintales* (huertas) con abundancia de manzanos y naranjos, algunas palmeras y bellos puntos de vista.

Merece la pena de buscar el mejor que ofrece la capital separándose de *Besufica* por el camino que á la izquierda conduce á la *sierra de Monsanto*, altura que domina á Lisboa y sus cercanías, y en la cual se empezaron las obras para fortificarla, que después han quedado en suspenso. Desde allí se ve, mirando al N., un magnífico panorama, que extiende hasta la peña de Cintra; y fijando la vista en el S., una inmensa extensión que permite abarcar de una vez la mayor anchura del Tajo, la ciudad casi entera, la opuesta orilla del río y su desembocadura hasta el mar, distinguiéndose perfectamente las torres del Bugio y San Julian.

Dos caminos se separan allí: uno para Alcántara y otro para la *Tapada de la Ajuda*, extensa propiedad no aprovechada como merecía; en el punto más elevado de ella se ha construido hace pocos años el magnífico *Observatorio astronómico*, imitando el de Pulkova, aunque con notables alteraciones en la disposición general del edificio, aconsejadas por las condiciones especiales del clima de Lisboa. Es hoy considerado este establecimiento como el mejor de Europa, porque en su construcción se han evitado los defectos de los que existían, y porque en los instrumentos se han empleado las últimas perfecciones.

El palacio de la Ajuda está ya descrito en LA ILUSTRACION y no hay para qué volvernos á ocupar de él: muy cerca se encuentra el *Jardín botánico*, situado en punto ameno y agradable, y enriquecido con una curiosa colección de plantas exóticas. En la entrada, por la parte del S., hay dos curiosas estatuas de cantería, ya muy estropeadas, que se atribuyen á los fenicios, y fueron halladas en 1785 haciendo una escavación cerca de Portalegre: el Jardín botánico tiene fuentes, escalinatas y otras obras de mármol; dos estufas espaciosas y adornos que merecen bien los honores de una visita; pero está muy abandonado y lo seguirá así probablemente, hasta que pase á ser jardín del palacio de la Ajuda, que reclama esta mejora, bien fácil de realizar.

Hemos pasado revista en seis paseos á todo lo más notable que contiene Lisboa; para no olvidar nada de lo que se refiere á sus inmediaciones, indicaremos una expedición que puede hacerse en un par de horas, sin más que tomar en el Caes de Sodre uno de los vapores que van de media en media hora á la orilla izquierda del Tajo, con rumbo á *Cacilhas*: una vez allí, hay facilidad de trasladarse en un bote á *Alfeite*, sitio real que acaso no merece el trabajo de la travesía, y más facilidad aún de montar en uno de los *burriños* con que los alquiladores brindan en el muelle para subir al fuerte de *Mundo*, desde cuyo punto produce Lisboa un efecto mágico. Entre *Cacilhas* y *Barreiro*, cabeza del ferro-carril del Sur, hay una gran bahía natural que no se utiliza y que parece expresamente destinada al futuro engran-

decimiento del puerto de Lisboa. Está proyectado el aprovechamiento de esta incomparable bahía, llamada *Cova da Piedade*, por medio de un dique que permite terraplenar el espacio cerrado en una extensión de 1,000 hectáreas, que tengan por término medio 5,000 metros de extensión y unos 2,000 de anchura, reservando 49 hectáreas para un puerto avanzado, 258 para docks, 183 para prolongar el ferro-carril del Sur desde Barreiro á *Cacilhas*, 166 para calles, plazas, paseos, etc., y 344 para futuras construcciones. Sin que ese pensamiento se realice, Lisboa no corresponderá á las ventajas que la naturaleza la ha concedido; pero mientras su comercio no salga de la atonía que le consume, mientras la ciudad no tenga mayores condiciones de vida, el proyecto para la bahía de la *Cova da Piedade* no saldrá del papel en que fué trazado.

Digamos ahora algo de ciertos rasgos característicos de la capital portuguesa.

Abundan en ella los templos excelentes, las grandes casas, los antiguos palacios edificados en época próspera y abundante, rodeados de jardines y comodidades, y habitados en gran número por un sólo vecino. Desde la reedificación de la ciudad, después del terremoto, comenzaron las casas de vecindad en que abunda la parte baja de la población, que ha venido á ser la menos higiénica, y modernamente ya se construye por el patron de París y Madrid, formando manzanas de colmenas, escatimando espacio á los habitantes y altura á los techos, y tendiendo así á borrar las ventajas que ofrecía Lisboa, sin que haya siquiera la disculpa de la carestía del terreno, cuyo precio es muy bajo, ni del costo de la construcción, que es también baratísimo por la abundancia de materiales que rodean á la ciudad y lo poco que se pagan los jornales.

Con la copia de las edificaciones de París y Madrid, ha venido, á más de la incomodidad, la vulgaridad y la pérdida del carácter que distinguía al caserío de Lisboa. Se ha salvado tan sólo la especialidad en los estucos de yeso, que son verdaderamente maravillosos en gusto y delicadeza; pero han quedado desterrados de portales, escaleras y salones, y relegados únicamente á las fachadas, los azulejos que formaban parte de la fisonomía de Portugal, que ya no pueden admirarse más que en los edificios antiguos y que tal importancia tenían cuando en 1619 hizo Felipe III su entrada en Lisboa, que con ellos levantaron los obreros de esta especialidad un arco de triunfo, en el cual se leía:

«Aquí, monarca excelso, soberano,
Vos ofrece á arte peregrina,
Fabricada no reino Lusitano,
Ó que antes nos vendeo tan caro á China.»

A las incomodidades que ocasiona el suelo excesivamente accidentado de Lisboa, no imposibles de evitar en gran parte si contara con recursos para abrir por medio de túneles y puentes de hierro grandes vías con buenas rasantes, que sirvieran de arterias al movimiento de la población, hay que agregar otras molestias más fáciles de remediar; las calles de nombres idénticos ó casi iguales, la variación de títulos en una misma calle, la consiguiente repetición de números en una misma vía y, como si esto no fuera bastante para marear al forastero, la costumbre de no poner en las tarjetas de visita señas del domicilio de los habitantes, ni más ni menos que si Lisboa fuera un pueblo de cuatro casas, ó tan notables todos sus moradores que á nadie pudiera ser permitido ignorar el punto en que viven. Y el caso es que en ninguna parte hace tanta falta como en Lisboa saber de casas donde refugiarse, huyendo del fastidio de sus desiertas calles. Diferentes veces hemos tenido ocasión de hablar de esta cualidad característica de ellas; lo difícil es señalar una explicación: se comprende que en una ciudad de tanta extensión no haya el movimiento reconcentrado de Madrid, y ciertamente que no vemos un mal en eso; lo que no se cree hasta que se ve, es la costumbre arraigada en las familias de no salir de casa, la falta de todo paseo, mejor dicho, la sobra de los que hay, puesto que á ninguno acude la concurrencia que debía esperarse de una capital tan populosa, el hábito general, en la inmensa mayoría del sexo femenino, de pasar las tardes tras de persianas que tienen un aparato con el cual quedan en hueco, permitiendo ver sin ser visto, ó en ventanitas guarnecidas de almohadones, para que los codos no se cansen de estar horas y horas apoyados, con el único objeto de que su dueño vea que no pasa nada por la calle, porque todo el mundo deja ese papel al vecino, que á su vez está fatigando los codos aguardando á ver pasar al que está esperando que pase él.

(Se concluirá.)

Rosi.

LAS FLORES SILVESTRES.

(APÓLOGO.)

«Solitarias florecillas,
Ricas de savia y perfume,
Que embalsamais el ambiente
Desde el abril al octubre;

«¿Por qué vuestras leves hojas
El sol y la escarcha sufren
Entre el romero y tomillo
Que tapizan esas cumbres?

«Vuestras raras perfecciones
Nadie en el mundo presume:
Tan sólo las ven las aves,
Los altos cielos azules,

«Las áuras que os acarician,
Los arroyos que discurren
Mandando á vuestras raíces
Fresca linfa que las nutre.

«¿No fuera más lisonjero,
Como á las hermosas cumple,
Si al rumor de las orquestas
Que vivo júbilo infunden,

«Entre galanes gentiles
Y altivas damas ilustres,
En rico salón brilláseis,
De hielo y calor inmunes?

«Allí, compradas con oro,
Y al resplandor de mil luces,
Bien sobre jarrón de China,
Bien en búcaro de Túnez;

«En el seno de una bella,
Ó prendidas en sus bucles,
Ó en las manos de un mancebo
Que os besara ardiente y dulce,
«Tuvieran vuestros hechizos
Mayor belleza, más lustre
Que no en sitio tan agreste
Do ignorados se consumen.»

Así garrida zagala,
Con oculta pesadumbre,
Besando unas florecillas
En triste acento prorumpe.
Y ellas, meciéndose lentas
Por el céfiro que bulle,
Respondenle con susurros
Que todo un idioma encubren:

«Plácenos más el silencio
Que ningún estruendo turbe,
Que el bullicio de esas córtes
Que al alma sencilla aturde.
«Plácenos más el ambiente
De aquestos campos salubres,
Que el que en el mundo se aspira
Y emponzoña aunque seduce.

«Plácennos más las estrellas
De la azulada techumbre,
Que el brillo de las bujías
Que rojas y opacas lucen.
«Ornan nuestra frente, perlas
Que nos manda amiga nube:
La música de las aves
Gozamos sin inquietudes.

«No hay mano que nos marchite,
Ni labio que nos disguste,
Ni suspiros abrasados
Que nuestro candor deslustren.
«Y si alguien el tallo corta
Que con la tierra nos une;
Si en el pecho nos acoge
Con ternura y dulcedumbre,
«Es una gentil zagala,
Cuya faz el pudor cubre,
Que, cual tú, con casto aliento
Vida y calor nos infunde.»

Tal hablan las florecillas
Y su corola sacuden,
Mientras inefable llanto
De ella á los párpados sube.
Y á poco, sobre la tierra,
Con union indisoluble,
Las lágrimas y el rocío
Como hermanos se confunden.

ANTONIO ARNAO.



DECORACION DEL PRIMER ACTO DEL DRAMA "PIZARRO Ó LA CONQUISTA DEL PERÚ".

CÓDICE AMERICANO DEL SEÑOR MIRÓ.

Al ocuparnos en nuestro número anterior del *Estudio de las piedras preciosas* publicado por D. José Ignacio Miró, mencionamos la rica y preciosa colección de objetos históricos, artísticos y arqueológicos que, á fuerza de viajes y dispendios, ha llegado á reunir, no sólo en joyas, sino en mobiliario, en cerámica y aún en documentos escritos.

Entre estos últimos cuéntase, y el Sr. Miró lo cita en la página 139 de su obra, uno de los tres códices que Hernan Cortés trajo á España cuando regresó de Méjico, en 1540. Hoy, que merced á las doctas y pacientes investigaciones de Mr. Brasseur de Bourbourg y de otros sábios modernos, comienzan á interpretarse con seguridad los geroglíficos americanos, inútil parece que nos detengamos á ponderar la importancia de tales documentos para la historia, poco conocida, de los antiguos pueblos de América, que tanto llegaron á adelantar en civilización, presentando ésta muchos puntos de contacto con la de Egipto, que los trabajos de Champollion, Mariette, Lepsius y otros han puesto ya casi por completo al alcance del público.

La importancia de los manuscritos americanos es tal, que de los otros dos traídos por Hernan Cortés, consérvese el uno con singular estimación en la Biblioteca de Dresde, y ha sido el otro reproducido magníficamente y á todo coste, con ilustraciones notables, por una comisión francesa, que comenzó á conocerlo y estudiarlo en la Exposición universal de 1867, en que figuró.

Deseosa, pues, LA ILUSTRACION DE MADRID de contribuir, en la medida que está á su alcance, al fomento de tan interesantes estudios, ha rogado al Sr. Miró se prestase, como generosamente lo ha hecho, á dejar reproducir parte del código de su pertenencia, por medio del grabado que damos en este número, sin perjuicio de

insertar en uno de los próximos descripción y juicio más detenidos de un monumento tan notable por su antigüedad, por su rareza y por su valor histórico.

DECORACION

DEL PRIMER ACTO DEL DRAMA
"PIZARRO Ó LA CONQUISTA DEL PERU",
EJECUTADO EN EL TEATRO DE LA ALHAMBRA,
EN 25 DE FEBRERO DE 1871.

Esta preciosa decoración, pintada por el inteligente artista escenógrafo Sr. Ferri, representa la magnífica posesión de recreo y baños de los Incas en Quito, donde el emperador del Perú recibió la embajada de Pizarro y prometió visitarle en sus reales de Caxamalca; con cuya ocasión y heroico hecho del caudillo español tuvo efecto la conquista.

SILENCIO.

Ignoro si es dulce error,
Pero tengo unos anteojos:
Que tus ojos y mis ojos
Hablaron, mudos, de amor.
No sé si replicarás,
Mas si ha de ser en mi mengua,
Estése queda la lengua
Y hablen los ojos no más:
Que há tiempo voy observando
Que, si amor el alma siente,
No hay nada más elocuente
Que dos amantes callando.
Una en otra la mirada,
Habla el alma estremecida
Con frase no interrumpida,
Cual murmurio de cascada;

Y, cual con cadenas de oro,
Se entrelaza lisonjero
Un ¡te quiero! á otro ¡te quiero!
Un ¡te adoro! á otro ¡te adoro!
Dejo, pues, que mi esperanza
Nuestro silencio bendiga,
Mientras con los ojos diga
Lo que la lengua no alcanza.

JULIO MONREAL.

SOLUCION

AL JEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO ANTERIOR:
Manos duchas pelan huevos que no largos dedos.

LA ILUSTRACION DE MADRID.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.		EN COMBINACION CON EL IMPARCIAL.	
Tres meses.	22 rs.	EN MADRID.	
Medio año.	42 »	Tres meses las dos publicaciones.	28 rs.
Un año.	80 »	Medio año.	52 »
EN PROVINCIAS.		Un año.	100 »
Tres meses.	30 »	EN PROVINCIAS.	
Seis meses.	56 »	Tres meses.	90 »
Un año.	100 »	Medio año.	170 »
CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.		EN PROVINCIAS.	
Medio año.	85 »	Tres meses.	90 »
Un año.	160 »	Medio año.	170 »
AMERICA Y ASIA.		CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.	
Un año.	240 »	Medio año.	200 »
Cada número suelto en Madrid.	4 »	Un año.	360 »